

## TOROS EN EL SIGLO XXI

Salvador Boix\*



El encaje de la tauromaquia en la sociedad moderna se nos presenta especialmente complicado y controvertido. Una visión antropocéntrica del mundo, que no se escandaliza por la utilización del mundo animal, dentro de unos límites sostenibles y siempre en beneficio del género humano, enfrentada a la de los movimientos ecologistas más o menos radicales que propugnan derechos casi humanos para los animales, ha situado a la tauromaquia en el centro del debate. Este no es un fenómeno nuevo. A lo largo de la historia, políticos, hombres de ciencia, literatos, pintores, músicos y artistas de todas las disciplinas se han ocupado de la tauromaquia. Mientras unos se han sentido fascinados y conmovidos por la belleza de la lucha cruenta entre el hombre y el toro, otros la han rechazado por considerarla una salvajada impropia de culturas avanzadas.

Pero la realidad es que los toros han llegado al siglo XXI adaptándose a cada momento histórico y superando todo tipo de coyunturas políticas, sociales, económicas y culturales gracias al interés popular que ha despertado la emoción de la lucha de lo racional y heroico representado por el torero contra la fuerza de lo irracional y feroz encarnado por el toro. En la capacidad de la sociedad de cada época por sublimar la esencia cruenta del

---

\* Músico y coautor, con Jaime Boix, del libro *Por los adentros. Un viaje por el mundo de los toros* (2002).

espectáculo y asimilarla como un motivo de placer estético y espiritual se encuentra el factor determinante de la pervivencia de la tauromaquia entre nosotros desde hace 300 años.

La actividad taurina, en diferentes versiones, se ha producido en el área de influencia catalana desde mediados del siglo XVI hasta nuestros días, con una aceptación popular más o menos notable, según el momento y las circunstancias. De Manlleu a Barcelona, de Olot a Amposta, de Ceret a Játiva, la tauromaquia ha tenido su espacio, integrada en la cultura popular con relativa normalidad.

En la actualidad, en circunstancias sociales y culturales tan diferentes a las de hace tan sólo treinta años, cuando ir a los toros era una actividad socialmente normal e incluso bien vista, la tauromaquia ve cuestionada su continuidad probablemente como no había sucedido nunca antes a lo largo de su historia. Las causas hay que buscarlas tanto en el interior del mismo hecho taurino como en las presiones externas a que la sociedad del siglo XXI somete a las actividades humanas en relación con los animales.

El ritual taurino, en el cual el torero pone en juego su vida de forma voluntaria para dominar la fuerza indómita de la fiera mediante el valor, la técnica y el arte –elementos que conforman la esencia de la tauromaquia–, tiene en la verdad de la lucha el valor máspreciado. Cuando lo que sucede en la arena no destila esta verdad, el interés popular se pierde y el espectáculo se vuelve un caos de sangre y vísceras, imposible de asimilar socialmente. Así ha sido a lo largo de la historia. Joaquín Vidal –periodista del diario *El País* muerto el año 2002–, que ha sido el cronista de toros literariamente más brillante y taurinamente más lúcido de los últimos cincuenta años, afirmaba que el gran problema del futuro del mundo de los toros se encuentra en él mismo, haciendo referencia a la desnaturalización de las esencias que padece la corrida contemporánea. Vidal tenía razón, porque la realidad actual de los toros no puede sustraerse a las problemáticas internas del espectá-

culo, que de unos cuantos años para acá vive inmerso en una profunda crisis de valores éticos, técnicos y estéticos.

Pero, en Cataluña, tampoco se pueden obviar, a la hora de abordar el estado de la cuestión taurina hoy, las reiteradas presiones políticas que se han producido para abolir los toros desde la recuperación democrática. Primero, desde posiciones nacionalistas, que estigmatizan la corrida como una rémora españolizante



Fig. n.º 2.- *Un día de toros en la plaza de Las Arenas*, en Barcelona, en una fecha indeterminada de principios del siglo XX.

(hoy se da la paradoja de que, mientras en el Principado a menudo se identifican los toros con la colonización cultural de la “barbarie española”, en la Cataluña francesa se convierten en un símbolo identitario e incluso en un instrumento de resistencia cultural) y que han derivado más tarde hacia los criterios ecologistas, los cuales la presentan como un anacronismo sanguinario impropio de la sociedad moderna que hay que suprimir. Desde el poder autonómico se ha legislado desde hace 18 años contra

los toros, alimentando un sentimiento de rechazo entre la población que ha producido resultados más o menos intensos, generalizados o minoritarios, según qué parte nos ofrece los datos. Mientras los abolicionistas esgrimen un respaldo a sus pretensiones del 83 % de los catalanes, los taurinos dicen contar con un apoyo del 65 % de la población para continuar existiendo.

Más allá de posiciones interesadas, parece evidente que la tauromaquia tiene un futuro tan incierto en nuestra cultura globalizada como la caza, la cría del canario o la experimentación científica con animales, actividades cada día más cuestionadas socialmente, que hoy conviven con los zoológicos, las hamburguesas y el perro de compañía socialmente bien aceptados –una paradoja más–, que son la otra cara de la misma moneda.

Las dinámicas sociales, más sensatas que las políticas, decidirán –o habrían de decidir– finalmente sobre el futuro de esta tradición con tanta historia en Cataluña. Dignos de mejor causa resultan los esfuerzos para liquidarla precisamente ahora, cuando todo apunta a que ella por sí sola, un poco antes o un poco después, se acabará muriendo.